

El lobo y los siete cabritos

Érase una vez una vieja cabra que tenía siete cabritos a los que quería tanto como una madre puede querer a sus hijos. Un día se dispuso a ir al bosque a por comida, así que llamó a los siete y les dijo:

-Queridos niños, me voy al bosque, tened cuidado con el lobo porque si llegase a entrar aquí os devoraría, y de vosotros dejaría ni el pellejo. Aunque el malvado se disfraza a veces, podréis reconocerlo al instante por su ronca voz y sus negras pezuñas.

-Querida mamá -dijeron los cabritos-, sabremos cuidarnos; puedes irte sin miedo.

Entonces la madre dio un par de balidos y, ya tranquilizada, se fue al bosque.

No pasó mucho tiempo sin que alguien llamase a la puerta y dijera:

-Abrid, queridos niños, que vuestra madre ya está aquí con algo de comer para todos vosotros.

Pero los cabritos se dieron cuenta de que era el lobo al oír su ronca voz.

-No abriremos -dijeron-; tú no eres nuestra madre; ella tiene la voz dulce y melodiosa, y la tuya es ronca; tú eres el lobo.

Entonces el lobo fue a ver a un tendero, le compró un buen trozo de tiza y se lo comió, haciendo así su voz más dulce. Luego regresó, llamó a la puerta y dijo:

-Abrid, niños queridos, que vuestra madre ya está aquí con algo de comer para todos vosotros.

Pero como el lobo había apoyado una de sus negras pezuñas en la ventana, los niños la vieron y gritaron:

-No abriremos; nuestra madre no tiene pezuñas negras como tú; tú eres el lobo.

Entonces el lobo fue a ver a un panadero y le dijo:

-Úntame con masa la pezuña, que la tengo herida.

Y cuando el panadero le hubo untado la pezuña con masa, fue a ver a un molinero y le dijo:

-Echa harina blanca sobre mi pezuña.

El molinero pensó: «El lobo quiere engañar a alguien», y se negó; pero el lobo le dijo:

-Si no lo haces, te devoraré.

Entonces el molinero se asustó y le blanqueó la pezuña. Sí, así son los hombres.

Luego fue el malvado lobo por tercera vez a la casa de los cabritos, llamó a la puerta y dijo:

-Abrid, niños, que ha llegado vuestra querida madrecita con algo del bosque para todos vosotros.

-Muéstranos primero tu pezuña -gritaron los cabritos-, para que sepamos si eres nuestra querida mamá.

Entonces enseñó su pezuña por la ventana, y cuando los cabritos vieron que era blanca creyeron que era verdad lo que decía y abrieron la puerta. Pero quien entró fue el lobo. Los cabritos se asustaron y corrieron a esconderse. Uno, el mayor, se metió debajo de la mesa, el segundo en la cama, el tercero en la estufa, el cuarto en la cocina, el quinto en el armario, el sex-

to en el lavabo y el séptimo en la caja del reloj de pared. Pero el lobo los iba encontrando y no perdía tiempo ni en elegir: vengativo, se los fue tragando uno tras otro; sólo se le escapó el menor, el que se había escondido en el reloj de pared. Una vez que el lobo hubo saciado su apetito, se alejó arrastrándose, se fue a un verde prado y se echó a dormir bajo un árbol.

Poco después volvía del bosque la vieja cabra. ¡Ay, lo que tuvo que ver!: la puerta de la casa abierta de par en par; la mesa, las sillas y los bancos tirados por el suelo; el lavabo hecho pedazos; mantas y almohada arrancadas de la cama. Buscó a sus hijos, y no encontró a ninguno; los fue llamando por sus nombres, y ninguno la respondía. Hasta que, cuando nombró al menor, oyó su dulce voz:

-Querida mamá, estoy en el reloj de pared.

Por fin, toda angustiada, salió de la casa seguida por su cabrito menor. Cuando llegó al prado vio al lobo tumbado bajo un árbol roncando tan fuertemente que las ramas se cimbreaban. Lo miró de pies a cabeza y observó que algo se movía y pateaba en su abultado vientre. «¡Oh, Dios mío! -pensó-; ¿estarán todavía con vida mis pobres hijos, los que se tragó en la cena?» Entonces mandó al cabrito corriendo a casa, por tijeras, aguja e hilo. Y luego la cabra

abrió la barriga al monstruo; apenas había dado el primer corte cuando ya el primer cabrito asomó la cabeza; y al seguir cortando, salieron brincando los seis cabritos, uno detrás de otro: todos estaban vivos y ni siquiera habían sufrido daño alguno, pues el monstruo, de tan voraz, se los había tragado enteros. ¡Eso sí que fue alegría! Los cabritos besaron y abrazaron a su madre y saltaron y brincaron, como un sastre celebrando bodas. Pero la vieja cabra dijo:

-Id ahora y buscad piedras muy grandes; con ellas rellenaremos la barriga del maldito animal mientras duerme.

Entonces los cabritos trajeron de prisa y corriendo todas las piedras que pudieron y se las metieron en la barriga al lobo, y la cabra la cosió de nuevo tan rápidamente que no se percató de nada; pues ni se movió siquiera.

Cuando el lobo se despertó, se puso a andar, y como las piedras que tenía en el estómago le produjeran mucha sed, se encaminó hacia un pozo para beber agua. Al andar y con el moverse de un lado para otro, las piedras comenzaron a chocar entre sí haciendo ruidos en el estómago. Entonces exclamó el lobo:

-¿Qué tumba y retumba
por dentro de mí?
Seis cabritos creí haber comido,
¡y son ahora piedras las que hacen ruido!

Y cuando se acercó al pozo y se inclinó a beber agua, las pesadas piedras lo arrastraron al fondo y se ahogó miserablemente. Cuando los siete cabritos lo vieron, se acercaron corriendo y gritaron:

-¡El lobo está muerto! ¡El lobo está muerto!

Y danzaron con su madre alegremente alrededor del pozo.